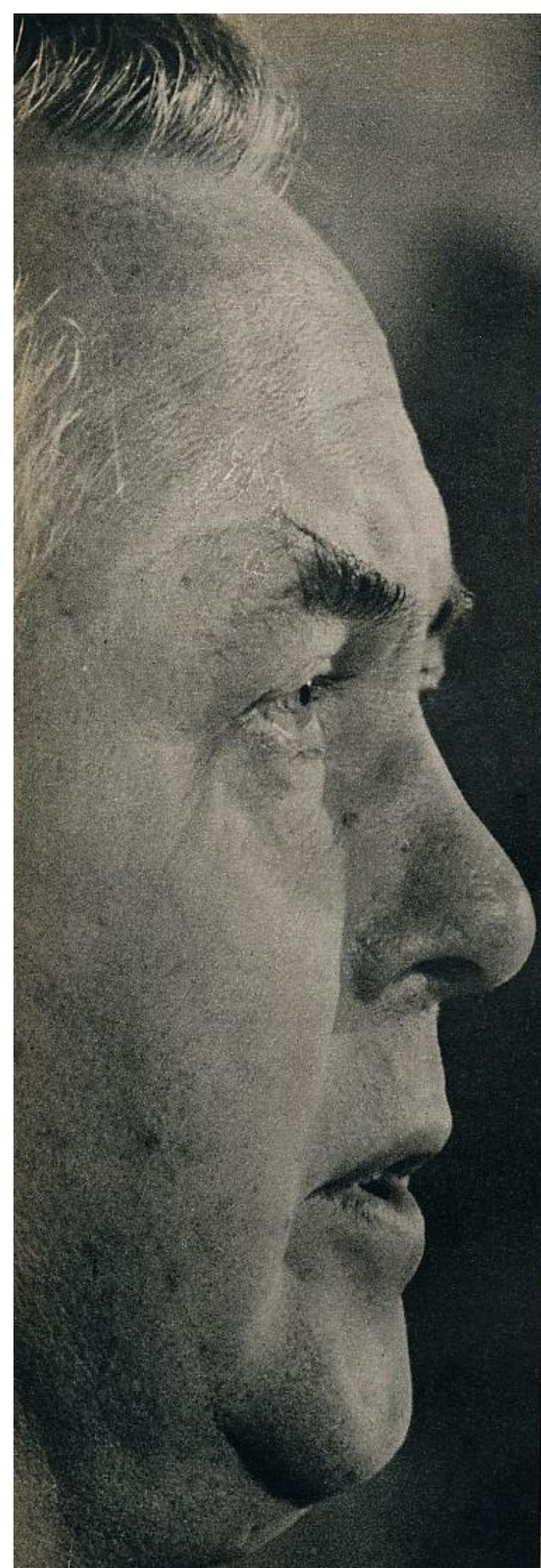


DURANTE quinientos días los laboristas han gobernado la Gran Bretaña con una mayoría de cuatro, a veces tres, diputados. En las elecciones del 15 de octubre de 1964 el censo británico demostró su abandono del poder, su deseo de desprenderse de los conservadores, desgastados por trece años de tambaleante gobierno —liquidación del Imperio, aventura del Canal de Suez, imposibilidad de aproximarse a Europa, escándalo Profumo-Cristina Keeler—, sin por eso demostrar un excesivo entusiasmo por las promesas laboristas. El micropartido liberal —que en tiempos había sido un grande y poderoso partido, pero que después se hundió en la vaguedad de sus conceptos decimonónicos— ganó algunos escaños de despecho —precedentes de los desertores de los grandes—, pero no los suficientes como para arbitrar. Una serie de hechos históricos —es decir, que no tenían precedentes— ocurrieron en aquellas elecciones. La campaña electoral fue exageradamente larga; se trataba con ello de sacar al pueblo de su relativa indiferencia política. Por primera vez, esa campaña fue personal. Es decir, que por encima de los programas generales de gobierno privaba la personalidad de los dos «leaders» que se enfrentaban. El pueblo británico se encontró perplejo ante dos actores que representaban mal su papel. El conservador Sir Alec Douglas-Home, riquísimo y aristócrata, designado más o menos ocultamente por la Reina para ser primer ministro, se esforzaba inútilmente en ser popular y en representar unas clases sociales que no conocía y con las que no sentía. El laborista Harold Wilson se disfrazaba de técnico, presentaba un extraño programa de gobierno electrónico, se apoyaba en unos datos científicos que conocía mal. Wilson había surgido por una serie de malas coincidencias para su partido: la muerte de Gaitskell en 1963 fue la principal. Gaitskell había ya intentado una reconversión a la derecha del partido laborista, había querido suprimir de su programa los principios básicos de nacionalización de la industria; a pesar de que su moción había sido rechazada, había tenido una fuerte influencia sobre el partido, le había dado cohesión y fuerza. Sin embargo, Gaitskell no era, a su vez, más que una sombra de otros desaparecidos: de Bevan, de Bevin, del intelectual Harold Laski. Bevan fue minero, Bevin fue cargador de muelle. Estas procedencias no podían ser extrañas en un partido que había nacido de los sindicatos; concretamente de una alianza entre diversos sindicatos y diversos grupos ideológicos socialistas, alianza siempre dominada por los sindicatos hasta el punto de que hoy mismo, de los seis millones —en cifras redondas— de afiliados al partido, sólo 900.000 lo son a título propio; los demás están encuadrados a través de la TUC, o Confederación General de Sindicatos. La degradación ideológica de este partido es continua. Wilson es el último eslabón de este descenso ideológico iniciado prácticamente a partir del momento en que por primera vez tomó el poder —el gobierno de Ramsay Mac Donald, en 1924; el momento en que desplazó a los liberales—. El laborismo se nutría ideológicamente de los intelectuales idealistas del grupo fabiano —G. B. Shaw, Wells, Bertrand Russell—, de algunos profesores de universidad —como Laski— y de las premisas socialistas continentales: se afilió —y pertenece aún— a la Internacional socialista. El pacifismo, la abolición de los privilegios, la nacionalización de las industrias y las minas, la unidad de acción con los partidos socialistas europeos, la planificación de la economía, la abolición de la enseñanza aristocrática eran sus bases ideales. De todo aquello no queda nada. En sus quinientos días, Wilson ha propuesto —y ganado— una sola de las antiguas metas socialistas: la abolición de la pena de muerte. Pero se ha declarado enemigo de la nacionalización, y dispuesto a no transformar la estructura del sistema capitalista sino más bien a conseguir que el capitalismo alcance a mayor número de británicos. Los supervivientes de la época fundacional se sienten engañados; no hace mucho tiempo el viejo filósofo y científico Bertrand Russell le remitió su carnet —que era uno de los primeros del partido— en señal de protesta. Wilson mismo es un ejemplo de tránsfuga. Desde que en 1951 dimitió su cargo de ministro de Comercio porque consideraba «demasiado moderada» la política del Gobierno, desde su pertenencia al ala izquierda del partido, hasta esta reconversión de ahora, ha recorrido un largo

WILSON V





Muchos de los correligionarios de Wilson ven en él el ejemplo del «hombre que sube», que trepa por la cucaña del poder sin importarle otra cosa que llegar a lo alto.

camino con demasiada rapidez. Muchos de sus correligionarios ven en él el ejemplo del «hombre que sube», que trepa por la cucaña del poder sin importarle más que llegar a lo alto. Como así ha sido.

Las elecciones de 1964 demostraron, ante todo, una confusión en la fisonomía electoral británica. Desde el mismo momento en que se conocieron los resultados se pensó ya que se había llegado a una solución provisional, que el partido en el poder no podía agotar el período oficial de legislatura —cuatro años— y tendría que convocar nuevas elecciones generales. Así lo acaba de hacer en la forma clásica: una carta a la Reina pidiendo la disolución del Parlamento —la carta es protocolaria: la Reina no se puede negar—, la cual será efectiva este 10 de marzo, para que se abra inmediatamente la campaña electoral y se proceda al escrutinio el 31 de marzo. Wilson ha elegido, como es lógico —y tradicional—, el momento que le parece más favorable. Todos los pronósticos coinciden en augurarle una mayoría más fuerte. Uno de los periodistas más leídos de Londres, «Cassandra», del «Daily Mirror», laborista, estima que la mayoría gubernamental tras las elecciones será de 59 a 69 escaños. Una auscultación de opinión pública realizada a mediados de fe-

Por EDUARDO HARO TEGGLEN

brero —la última de que se dispone por ahora— entiende que los laboristas pueden tener un 13,5 de votos más que los conservadores —en las últimas elecciones la diferencia fue de menos de un 1 por 100—. ¿Puede cambiar esta prevista situación con la campaña electoral? Hay que tener en cuenta que ahora Wilson no se enfrenta con desfalleciente aristócrata como lo fue Home, sino con un político profesional de la envergadura de Edward Heath. Al elegirle para sustituir a Douglas-Home, en julio de 1965, los conservadores demostraron que mientras el partido laborista se inclinaba a la derecha, ellos debían inclinarse hacia la izquierda —muy relativamente hablando, claro está—. La biografía de Heath es muy distinta de la de los tradicionales jefes «torios» (conservadores). Hijo de un antiguo albañil que llegó a ser contratista modesto, salido de escuelas comunales, estudiante becario en Oxford, ajeno al «Establishment» —la clase dominante privilegiada—, des- **SIGUE**

UELVE A LAS URNAS



san jose

día del padre

el obsequio
que más se desea
por su gran
utilidad.

un encendedor
a gas

SILVER MATCH

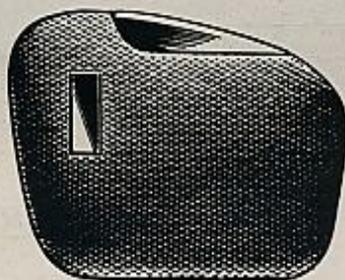
recomendado en todo el mundo
por las ventajas únicas en su
GARANTIA ILIMITADA

100 % automático.

Llama graduable.

5.000 llamas aseguradas
por carga.

Inmensa variedad
en colores y grabados.



ULTRA PLAT

Nueva línea de elegancia
desde 500' - ptas.



CLASSIC

Modelo semi automático
desde 225' - ptas.



COMPOUND

Modelo Astrakán
desde 300' - ptas.

Impuestos no incluidos

encendedor a gas

SILVER MATCH

L A F O R E S T . S . A . - B A R C E L O N A

WILSON VUELVE A LAS URNAS

conocido en el mundo de las recepciones, trabajador incansable. Tras algunos puestos ministeriales poco brillantes, la fama le llegó en forma de fracaso: Heath luchó en Bruselas por conseguir la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, y de tal forma lo hizo que aunque no consiguió nada —por el veto y la tozudez de De Gaulle— su país —y el extranjero— aprendió a admirarle. Es un economista de autoridad y solvencia, un europeísta decidido. Le perjudica ser soltero, en un país donde cierta estabilidad familiar se considera como básica para un hombre público. Todavía está a tiempo: este año va a cumplir cincuenta. Es decir, tiene la misma edad de Wilson.

Pero repito que la mayor parte de los pronosticadores no creen que este trabajador incansable pueda cambiar el curso de los acontecimientos. A primera vista parece un poco extraño que los laboristas hayan afianzado su posición tras estos quinientos días en los que difícilmente se les puede atribuir un éxito. No solamente Rhodesia se les ha ido de las manos —y su defeción estaba prevista desde antes de que Wilson gobernase— sino que las medidas aplicadas contra ella, en forma de sanciones económicas, han estado hechas de tal forma que a unos les han parecido inoperantes y a otros excesivas. La defensa de la libra esterlina no ha dado resultados; y si la moneda se ha mantenido titubeante ha sido a costa de la ayuda de los Estados Unidos. Pero esta ayuda le ha costado a Wilson el último aspecto izquierdista de su partido: es decir, ha tenido que alinear enteramente su política exterior a la de Estados Unidos, especialmente en la guerra del Vietnam y en la aprobación concreta y explícita de los bombardeos del Norte, temas ambos condenados por la izquierda de todo el mundo, y por muy grandes sectores de la derecha reflexiva. Ultimamente, la subordinación de la defensa militar a los Estados Unidos le ha producido la dimisión del ministro de Marina y un amplio debate en el país. Sin embargo, Wilson ha dado confianza a la derecha; y en este aspecto se puede encontrar la clave de su probable éxito en las elecciones del 31 de marzo. Wilson cree que en 1964 le faltaron muchos votos porque los electores moderados temían una devaluación de la libra esterlina y una iniciación de nacionalizaciones. Los quinientos días de «conservadurismo laborista», al cabo de los cuales ha anunciado la celebración de elecciones, han servido para demostrar que por esa parte no había nada que temer y que en política exterior no ha procedido al «renversement des alliances» que muchos británicos temían, sino que por el contrario ha reforzado los lazos ya existentes.

El problema serio, el problema grave que se plantea hoy en la Gran Bretaña, desde un punto de vista de política pura, es muy similar al que aparece en todos o casi todos los países democráticos de Occidente: que los partidos políticos tradicionales se han vaciado de sentido ideológico y que las nuevas corrientes de pensamiento no tienen aún acceso a los parlamentos. Probablemente el país que mejor ha resuelto ese problema es Francia, con el encumbramiento del general De Gaulle, que no responde a ninguna ideología clásica y que actúa en cada momento sin compromisos previos. Pero no se trata más que de una solución provisional, puesto que De Gaulle no ha servido para crear una doctrina de pensamiento sino que ha reducido esta especie de «modernidad» a su exclusiva figura, inevitablemente efímera. Leyendo a diario la prensa de Gran Bretaña se puede advertir la aparición de una serie de temas de nuestro tiempo, a partir del de la guerra y la paz, de la incorporación de las juventudes, de la nueva valoración de la mujer, y continuando con los problemas de repartición de las riquezas, de la revolución científica, de la novedad de las relaciones internacionales, que no encuentran su reflejo en los dos partidos tradicionales, anclados en temas escleróticos. Es decir, una sociedad enormemente vital, que ha superado o está superando mentalmente los problemas planteados con la desaparición del Imperio, vive y actúa al margen de los políticos profesionales. Es posible que el desconcierto de los políticos ante esa impermeabilidad para los movimientos nuevos los haya llevado a sus contradicciones actuales: la popularización de los conservadores, el conservadurismo de los laboristas.

Sin embargo, muchos de los entusiastas de Wilson —que los tiene— explican que precisamente Wilson es el hombre capaz de entender esa situación y responder a las necesidades del país. ¿Por qué no lo ha hecho, por qué ni siquiera lo ha iniciado? Porque, en realidad, aún no ha comenzado a gobernar de verdad; es decir, porque estos quinientos días no han sido más que una especie de prolongación de la campaña electoral. Wilson no podía gobernar con arreglo a sus propios principios porque la escasez de su mayoría se lo impedía; trataba simplemente de conseguir en el país las condiciones necesarias para ampliar su base y empezar realmente a gobernar, como puede ocurrir a partir del 31 de marzo. Es decir, una situación similar a la del primer año de Presidencia de Johnson en los Estados Unidos, que se limitó a preparar las elecciones subsiguientes para, a partir de ellas, revelar su verdadera personalidad.

E. H. T.

(Fotos Agencia DALMAS)